

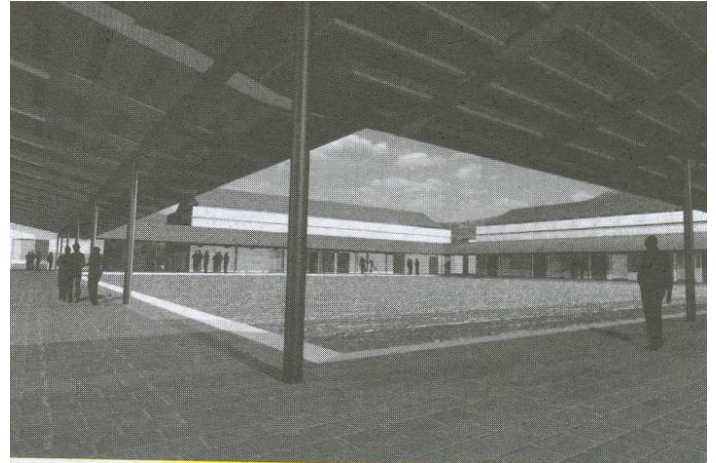
La torre... ¡vigilen!

Guy de Maupassant

Las exposiciones universales que se dan con periodicidad, como algunas epidemias, amenazan con convertirse para la Francia artística en unas calamidades nacionales. Serán todo lo buenas que se quiera, e incluso excelentes si no dejasen huellas, pero las dejan, y unas huellas que no se limpian. Tienen esas inestimables ventajas de hacer gastar el dinero a muchos franceses que pretenden con ello ganar mucho más a otros franceses que no lo tienen, de hacer entrar en nuestras fronteras el oro extranjero, de alentar las industrias para la venta y la emulación y de ser un testimonio de paz durante algunos meses.

Pero pagamos caro esas ventajas. La última celebrada ha depositado sobre la loma del Trocadero una especie de larga oruga monumental rematada con dos orejas desmesuradas, una horrorosa edificación que parece concebida por un pastelero pretencioso y soñador de palacios de postres de galletas y de azúcar cristalizado.

El interior de esta chuchería, que tiene la forma de un túnel, no habría podido servir más que para un juego de bolos si hubiese



sido recto. Como hace curva, se ha instalado allí un museo donde se exponen unos cingaleses conservados para hacer competencia a los cingaleses al natural del Jardín aclimatado.

Pero nos vemos amenazados con un horror todavía más temible. Desde hace un mes, todos los periódicos ilustres nos presentan la horrorosa y fantástica imagen de una torre de hierro de trescientos metros que se elevará sobre París como un cuerno único y gigantesco.

Este monstruo espantoso a la vista como una pesadilla, acosa el espíritu, asusta a las pobres personas inocentes que han conservado el gusto de la línea y de las proporciones de la arquitectura artística.

Esta horrible punta de fundición no es curiosa más que por su altura. ¡No nos bastan ya las mujeres enormes! Tras los fenómenos de carne, hete aquí los fenómenos de hierro. Eso no es ni bello, ni gracioso, ni elegante, es grande, eso es todo. Se diría la empresa diabólica de un calderero afectado de delirio de grandeza.

¿Por qué esa torre, por qué ese cuerno? ¿Para asombrar? ¿Para asombrar a quién? A los imbéciles. Se ha olvidado ya que la palabra arte significa algo. ¿Es acaso en una forja donde se aprende hoy arquitectura? ¿No queda más mármol en las laderas de las montañas para hacer estatuas o intentar erigir monumentos?

Es cierto que los monumentos, desde hace medio siglo, no nos salen demasiado bien, y tal vez es mejor mostrar a los extranjeros esta locura de cíclope diciéndoles: “¿Es bastante alta?” —lo que no podrán negar— que conducirlos ante nuestra Ópera nacional — que tiene el aspecto de un templo de cartón pintado, engullido por la terminal de un hotel— diciéndoles: “¿Es bastante bello?”

Ese edificio coloreado, que pertenece al arte del lirio por su decoración y al arte lírico por su función, es seguramente uno de las más completas muestras de mal gusto monumental del mundo entero.

La arquitectura parece un arte desaparecido de Francia. Basta pasar un día por los alrededores de París para contemplar una tan odiosa colección de casas de campo ridículas, de castillos espantosos, de villas extravagantes, que la duda no es posible: hemos perdido el don de hacer belleza con las piedras, el misterioso secreto de la seducción por las líneas, el sentido de la gracia en los monumentos. Parecemos no comprender y no saber que la sola proporción de un muro basta para constituir algo bello, una obra de arte.

Sobre las playas, sea al norte, sea en el Midi, sea en Trouville, sea en Cannes, se encuentran las mismas muestras de gusto de jaula de canario que se ha apoderado del alma de nuestros arquitectos. No son más que torrecillas, campanarios, ornamentos imprevistos y extraños. Una de esas construcciones se parece a una pagoda, la otra a una fortaleza de la Edad Media coronada de almenas, aquella otra a un café-concierto tunecino, la otra a un corral de ópera cómica. El estilo oriental se funde familiarmente con el estilo finca en aparcería, el recuerdo de Pompeya fraterniza con el recuerdo de La Alhambra. Todo eso es horroroso, pretencioso, vanidoso, odioso. En Inglaterra, por el contrario, la pequeña casa de campo que se llama cottage es casi siempre encantadora en el exterior. Muchas son auténticas maravillas, de gusto sencillo y elegante al mismo tiempo. Debemos añadir, para ser justos, que el gusto se detiene en la

puerta y que el interior de las casas inglesas, decoradas a la inglesa, hace que, a pesar de todo, nos guste más vivir en una casa francesa.

Así pues, París va a ver plantar este cuerno, rival de la horrorosa flecha con la que se ha rematado la catedral de Rouen, y que estropea todo el horizonte del extraordinario valle normando.

¿No se podría haber hecho otra cosa con el dinero destinado a esa chatarra? ¿Un monumento, como el Hotel de Ville, por ejemplo, que es de un bello estilo Reminiscencia, no habría quedado bien en lugar de las cuatro paredes del Patio de los Condes? Pero se trata de la Exposición universal, o más bien se trata de recibir dignamente en nuestra casa a los extranjeros que invitamos, que nos harán el honor y el placer de venir.

Ahora bien, el primer deber de la cortesía, antes de dejarles franquear los muros de París, ¿no debería consistir sencillamente en desinfectar la ciudad?

Burgueses de París, son ustedes unas valientes personas muy tranquilas, como se dice en cierto mundo, a menos que no hayan perdido el sentido del olfato, lo que es todavía posible. Se amotinan por unos animales, hacen revoluciones por unas palabras vacías, y bien, si tuvieran únicamente nariz, harían un

pequeño motín, o incluso una buena revolución, contra los sucios ingenieros, diputados o consejeros municipales que los envenenan todo el verano haciendo inhabitables sus calles. ¡Cómo! ¿No lo sienten? Pero el corazón sube a los labios cuando se entra en París, tras un paseo al Bosque, en las suaves tardes de primavera. A partir de los Campos Elíseos comienza la infección, y cuando a continuación se entra en el centro de la ciudad, eso se convierte en tal peste que uno está obligado a encerrarse en su habitación para quemar azúcar o agua de Colonia.

Pues ustedes tienen, valientes personas que no sienten nada, bajo cada calle, un río donde se vierten sin cesar, no solamente las aguas de alcantarilla, sino también... lo que los señores ingenieros llaman “el líquido” —y es “ese líquido”, que se siente de ese modo, que perfuma sus vías y sus casas. Cada boca de alcantarillas es el recipiente de donde sale ese incienso nocturno, tan bien reconocible por su olor especial, que se puede distinguir sin ser químico. Yo sé bien que se les quiere hacer creer que esa fragancia tan particular procede únicamente de los cultivos de jardín de los alrededores de París, abonados con el producto de sus casas.

No lo crean, parisinos, metan la nariz en sus alcantarillas, durante las bellas tardes donde florecen las rosas en los jardines... y cuelguen a sus ingenieros y ediles...

¿Qué dirían de un caballero que invitase educadamente a sus vecinos a pasar una temporada en su casa cuando ciertos conductos rotos en las paredes vertiesen su contenido en las habitaciones de los invitados?

El caso es, sin embargo, el mismo. De donde resulta que en lugar de construir la pirámide de hierro que servirá solamente para afean su ciudad, sería mejor construir el canal al mar que serviría para sanearla. Pero si se tiende absolutamente a un monumento de bronce, que se erija, en este tiempo de estatuas, una estatua gigantesca a la heroica general, sólo digna hoy de convertirse en el patrón de París, sustituyendo a santa Geneviève, en Cambronne. Y que se le ponga en las manos un farol eléctrico al objeto de indicar a los viajeros delicados y asqueados ese foco de peste que se llama París.

*Guy de Maupassant (1850-1893). Escritor francés, autor de numerosos volúmenes de cuentos como Mademoiselle Fifi, El horla y La Casa Telier, así como de novelas como Pedro y Juan, Una vida, Bel-Ami y Fuerte como la muerte, entre otras. Publicó este breve y enfático artículo (La tour... Prends garde) en El Gil Blas, el 19 de octubre de 1886. En 1887 suscribiría nuevamente, con otros artistas e intelectuales famosos, una carta de protesta por la construcción de la torre Eiffel.